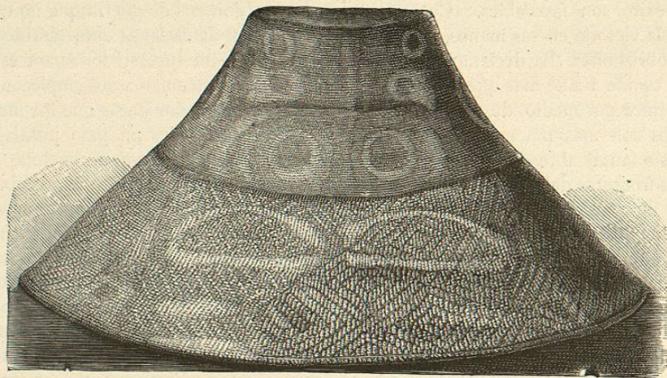


lugar hoy denominado Homer, al río Elkhorn, al río Republicano y finalmente á la Reservación. Por lo que se sabe de esta materia puede decirse que la causa de las emigraciones casi siempre fueron los ataques de otra tribu.

La memoria de los grandes guerreros era honrada durante mucho tiempo. Dícese que los campos se reúnen, aun en la actualidad, anualmente en una de las aldeas del Pajonal para conmemorar solemnemente á Atahualpa llevando en procesión el puñal de éste. Las tribus que se han alejado bastante unas de otras conservan un punto de enlace en las conmemoraciones de esta clase; tal sucede con los pacíficos pimas y la tribu guerrera que de ellos se separó. Muchas tribus tienen determinados lugares de reunión que quizás se relacionan de una manera análoga ó de otro modo con el oscuro recuerdo de su historia. «El rico y extenso valle de Cottonwood — dice Powers — centro natural de un territorio vasto, estéril y montañoso, es considerado



Sombrero tejido de los indios nutkas (Museo Etnográfico, Stokolmo)

pecto de los puris del Espíritu Santo y de los de Minas.

Repetidas veces hemos hablado de la costumbre de la escarpelización que no es otra cosa que una variedad de la veneración de los cráneos. El cráneo ó la piel craneal eran secados y conservados — la última estirada sobre una especie de duela — y constituían el principal adorno de una cabana ó del vestíbulo de una vivienda de un guerrero y especialmente del lugar en que se reunían cierto número de hombres de armas. La costumbre de «hacer saltar cabezas» practicada según el procedimiento *dajake*, estaba en otro tiempo generalizada por una gran parte de las Américas septentrional y meridional y venía á ser lo que más tarde los canadenses denominaron *faire coup*, yendo precedida como entre éstos de ayunos, oraciones, chupadas en la pipa sagrada y otros usos análogos. Los cronistas españoles describen esta costumbre como existente en el Perú septentrional, por ejemplo en Catamarca: la preparación de cráneos se hacía tal como hoy la hacen los jibaros, es decir extrayendo el cerebro y los huesos y llenando la piel del cráneo y del rostro con piedras calentadas al rojo hasta que por contracción de aquélla se obtenía una figura del tamaño de una cabeza de mono pequeño. Del valle de Cauca y de Darien se dice que sus habitantes conservaban las pieles humanas secas; los *tshibtschas* llevaban delante de los ejércitos los esqueletos de los príncipes guerreros y los panes colgaban de sus puertas las cabezas de los enemigos á quienes habían dado muerte. En este concepto refiere también Martius, después de señalar como cualidad general entre los indios brasileños la de vivir en constante hostilidad con sus vecinos, que todo *mandruku* considera

por las dispersas tribus de los *wintunes* como un punto de reunión de su pueblo, como lugar de cita, como una especie de Meca dentro del sentido de estos indígenas. Hoy en día todavía les gusta reunirse en él por más que ya no celebren allí — como lo hacían en sus días de gloria y de grandeza, es decir antes de la llegada de los rostros pálidos — las numerosas asambleas populares en las cuales se discutían con solemne pompa los asuntos de Estado.» O. Löw dice que todas las tribus de Nuevo Méjico se congregaban cada año en la cima del monte Taylor, á una altura de unos 4.000 metros, habiendo sido admitidos recientemente á estas reuniones los navajos. Estos territorios son á menudo puntos de partida de la emigración de un pueblo cuyos dispersos miembros vuelven á encontrarse en el sitio que fué su cuna. Pero aun prescindiendo de estas reuniones, las tribus diseminadas por vastos territorios se mantienen unidas entre sí, como lo hace notar el príncipe de Wied res-

como un deber sagrado que tiene para con su pueblo cortar la cabeza á cuantos pobres y débiles parentinines halla á su paso á fin de momificarla y convertirla en trofeo (véase el grabado de la página 69) que por cierto le cuesta bien poco de obtener.

En todas las comarcas americanas encontramos los guerreros de profesión, tribus inquietas y fuera de toda ley que conocidas con el nombre de «indios bravos» y parecidas á las castas guerreras de una tribu desligadas de todo vínculo social, son perfectamente reconocibles por el aislamiento en que viven y que ellas mismas se han creado. Acerca de su origen hay un hecho que arroja bastante luz y es el episodio de la historia de los pimas que nos presenta á una parte de la tribu separándose del resto por razones dinásticas y viéndose obligada á hacer una vida de rapiña que favorece la libertad contra las imposiciones de la organización de tribu. En la América del Norte representan este papel de guerreros y bandidos los comanches y los *apatsches* quienes de tal manera viven en constante lucha con las antiguas tribus sedentarias del Arizona y de Nuevo Méjico que se les caza como á verdaderos animales. Por esto los pimas no cogen nunca prisionero á un guerrero *apatsche*, pues consideran á estos enemigos como impuros: el pima que da muerte á un *apatsche* se separa de sus compañeros y se dirige á las cercanías de su aldea indicando una vez allí su presencia por medio de signos; después ha de permanecer durante muchas semanas en un lugar retirado purificándose, es decir absteniéndose de carne y de sal, bañándose, untándose los cabellos y haciendo otras cosas análogas sin más compañía que una criada vieja. Hecho

esto, sale á recibirle un anciano de la tribu quien unta con su saliva la boca del que está arrodillado á sus pies como pecador, después de lo cual éste vuelve á ingresar en la comunidad de la parentela. Es muy digno de notarse que lo que más ha favorecido el nacimiento de esta clase de pueblos ha sido la adopción de las armas y caballos europeos. Los cronistas españoles refieren que los araucanos emprendieron su famosa campaña de devastación de 1599, resistida por espacio de un siglo por los chilenos del Sud, con 3.000 jinetes, 70 coraceros y 100 fusiles y aunque estos datos pecan, quizás, de exagerados, es evidente que estas tribus del Sudoeste constituyen una prueba de cuán rápidamente adquieren algunas tribus gran importancia por este camino. Desde este punto de vista ofrece también interés una memoria de *Crevaux*, viajero que en el territorio fronterizo brasileño colombiano se encontró con algunos apresadores de esclavos: estos indios, armados con armas europeas, emprenden sus expediciones de rapiña por los ríos vecinos, atacan á las tribus que allí encuentran y cuyo único medio de defensa es el arco, matan á los que les oponen resistencia, hacen prisioneros á los demás y los llevan á los mercaderes de almas que les esperan en tierras brasileñas. Los *apatsches* de la América del Norte y los indios de las pampas de la América del Sud venden también el sobrante de sus prisioneros de guerra y en los territorios de Nuevo Méjico y Arizona en los Estados Unidos ha subsistido, aun mucho después de abolida en los Estados del Sud la esclavitud de los negros, el comercio de esclavos alimentado con los niños apresados á las tribus vecinas de los *apatsches*: hasta hace muy poco, se han provisto por este medio de criados los colonos blancos que en aquellas regiones vivían. El «gaucho malo» de las Pampas puede ser considerado como una variante semieuropea del indio bravo: los gauchos malos son hombres con muchos puntos de afinidad con los más rudos cosacos de las estepas, con los pastores de caballos húngaros que por vanidad ó por sed de venganza se han convertido de domadores de caballos ó de toros en bandidos y asesinos.

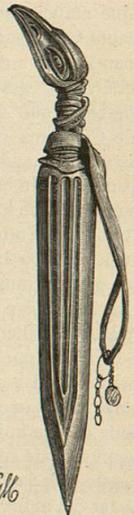
Ya hemos dicho anteriormente que los individuos de una tribu y de una horda tienen en su mayoría un distintivo común consistente en un adorno característico como plumas en la cabeza, cinturones, discos de madera, piedras, cilindros de resina, conchas de mariscos en distintas partes del cuerpo y especialmente determinadas clases de tatuaje que se hacen desde muy jóvenes en el cuerpo ó simplemente en el rostro siguiendo el método adoptado por sus parientes. Estos distintivos son de especial utilidad en la guerra para distinguir á cada uno de los partidos y de aquí el papel que los *war-paint* han desempeñado en la historia de las guerras indias.

La perspicacia del indio tan extraordinaria cuando se limita á los estrechos horizontes de la vida individual ó de familia, parece debilitarse desde el momento en que quiere abarcar los intereses de tribu en cuanto éstos se presentan fijamente determinados en el espacio por ciertos límites. Todos los observadores concuerdan en ello cuando describen la confusión que se nota en las ideas de los indios respecto de fronteras y extensión de su territorio, por más que para fijarlas se hayan tomado en cuenta en lo posible los cursos de los ríos. Los mismos políticos prácticos han tenido que sufrir las consecuencias de este estado de cosas: los Estados Unidos se han visto obligados á adquirir dos y hasta tres veces el territorio que hoy constituye el Estado del Illinois por medio de catorce tratados distintos firmados con indios cuyos títulos de propiedad aparecían confusos y contradictorios. La causa principal de esto estriba

en que únicamente los cazaderos pueden servir de norma práctica para la extensión del territorio de la tribu sobre el país adquirido directamente por el trabajo y sobre sus alrededores; y si bien existen tradiciones y, según los describe Martius, tratados relativos á estas fronteras, que pueden fijarse con la cooperación del hechicero y señalarse con trapos, harapos, cortezas de árboles y cestas ó que tienen por base accidentes y objetos de la naturaleza como montañas, ríos ó grandes árboles, existe, por otro lado, como regla general la de que cuando un pueblo no explota sus cazaderos, otro se apodera de ellos. Esto da lugar á frecuentes luchas pudiendo decirse que las contiendas sobre los terrenos de caza fueron la causa principal de las guerras entre las distintas parentelas *botokudas*; pero también hay casos en que esa especie de usurpación se hace tácitamente en las emigraciones temporales.

A pesar de que la toma de posesión y consiguiente colonización de América por las potencias europeas fué de hecho una negación clara de todo derecho de propiedad de los indios hasta el punto de que variaciones tan colosales en la posesión como las que consigo trajo la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos después de la guerra de la independencia no dejaron abrigar la menor duda acerca de que los conquistadores y descubridores blancos eran los únicos que tenían derecho á disponer hasta de los territorios no ocupados y desconocidos, á pesar de esto — decimos — la recta apreciación del estado de cosas hubo de hacer comprender á la postre que algún derecho correspondía á los indios como primeros habitantes sobre el suelo que sólo por cesión voluntaria podía pasar á propiedad de otros. A consecuencia de esta evolución de ideas firmáronse en 1789, siendo presidente Washington, los tratados de los Estados Unidos con las tribus ó confederaciones de indios, siendo desde entonces plenamente reconocido el derecho posesorio de éstos. En un pleito surgido entre los *tscherokis* y el Estado de Georgia el tribunal supremo de los Estados Unidos falló que esta tribu india constituía un Estado con el cual los Estados Unidos habían firmado tratados que claramente indicaban que había sido aquél reconocido como pueblo capaz de tratar con otros así en la paz como en la guerra. Al propio tiempo se determinaban las relaciones de las tribus que vivían dentro de las fronteras de los Estados Unidos de tal manera que no se las consideraba como pueblos extranjeros sino como *domestic dependent nations*. Los españoles y los portugueses procedieron de un modo más consecuente y en último resultado más humano en los vastos territorios que les correspondieron, puesto que consideraron á los indios como menores de edad, como «gentes sin razón.»

Los nombres de pueblos obedecen á muy diversas causas: los *tehuelches*, *pehuenches* é *hilluiches* se denominan habitantes de países meridionales, orientales y occidentales respectivamente. Abundan también los nombres *patronímicos*, así por ejemplo las tribus *tupis* llamadas de los *amoipiras* y de los *potynaras* llevan indudablemente los nombres de dos caudillos. Otras denominaciones como las



Puñal de hierro usado por las tribus de la América Norte occidental (Colección etnográfica, Stokolmo) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

de cajapos y cranes están tomadas de rasgos corporales, por ejemplo de orejas largas ó de miembros estrangulados: coroados se llaman los rapados, *loucheux* (bizcos) los que padecen de estrabismo. Hay algunos afijos que indican distinciones: tales son, por ejemplo, el *ore* y el *ere* (es decir legítimos) que los manaos del Río Negro anteponen á sus nombres. Análoga significación tiene el nombre de wintunes que es simplemente un colectivo honorífico que abraza á las distintas ramas particularmente calificadas de pueblo del valle, orador occidental y pueblo del Este, del Oeste, del Sud y del Norte y que significa indios ó pueblo en el sentido de «pueblo de los pueblos.» Los guaraníes no tenían un nombre común sino que los españoles dieron á su lengua esta denominación que significa «sojuzgada.»

Existe entre estos pueblos una porción de ceremonias que embellecen su trato pacífico. Los oyampis usan con tanta frecuencia la palabra *banaré* (amigo) que sus vecinos han llegado á designarles con este nombre y el sitio en que el Oyapok cesa de ser navegable es denominado «punto de desembarque de los amigos.» Una rama de los wintunes de California ostenta también el nombre de *tien tien* que significa amigos, opinando Powers que esta tribu tímida y pacífica pudo haber escogido este nombre para evitar las agresiones de los poderosos y bélicos hupas en cuyo territorio vive. Entre los oyampis y los rukujennes el caudillo tiene que ofrecer á su huésped una bebida de honor que los apalais, muy afines á ellos, sustituyen con el tabaco. Crevaux refiere cuán poco agradable fué para él la bienvenida que le dieron en las aldeas apalais en donde el mayor honor que puede dispensarse á un huésped consiste en permitirle dar algunas chupadas en un cigarro por otro empezado y que se compone de una hoja de tabaco arrollada en una hoja de tauari. La animación que reina en las reuniones de amigos parece desmentir á los que han supuesto que la falta de viveza es uno de los rasgos del carácter del indio. La curiosidad de estos pueblos es grande: son tan raras las novedades en la vida uniforme de estas gentes que el más pequeño accidente es para ellas de interés sumo, apresurándose el que tiene noticia de algún suceso á ponerlo en conocimiento de otras colonias: la visita de un blanco constituye para aquéllas un verdadero acontecimiento. «Con frecuencia pude observar—dice Appun—que en cuanto llegaba yo á una colonia algunos habitantes de la misma cogían su arco y su flecha, armas que no abandonan nunca en sus excursiones, y se alejaban para ir á contar la novedad á la colonia más inmediata.» La hospitalidad es tenida en mucho celebrándose fiestas en honor de los huéspedes; ya se comprenderá que aquélla descansa sobre la base de la reciprocidad, pues la esplendidez que en las fiestas se despliega no suele alcanzar á más extranjeros que á aquellos de cuya correspondencia se está seguro. El que es invitado á comer no puede rechazar la invitación. Las tribus norteoccidentales y los chilotas al acercarse á una costa amiga entonan cánticos que son contestados con otros por los habitantes de la misma.

Todo acontecimiento importante de la vida, del trabajo ó de la naturaleza que se reproduzca en períodos determinados es festejado con muchas y muy variadas fiestas. Bandler hablando de los indios de Nuevo Méjico, y en especial de los de Akoma, dice: «Se regocijan cuando en el solsticio de invierno el astro del día alcanza el máximo de su estado bajo y su disco descansa sobre determinadas rocas guardando una posición que durante mucho tiempo ha sido explicada por la observación empírica. Se regocijan con el solsticio de verano y con el cambio de luna; cuando se ha plantado el maíz ó el trigo ó cuando se ha guardado

la cosecha, todos se entregan á la alegría y al baile. Los nacimientos y los casamientos son otros tantos motivos de regocijo. Durante el invierno se baila cada semana y á menudo muchos días, pero en cuanto desaparece el amarillento sol invernal y ejerce su soberanía en el firmamento el verdoso sol del verano, cesan las danzas, enmudecen los narradores de cuentos porque la serpiente de cascabel ha salido de su guarida y ¡ay del que diga una mentira!» Muchas de estas fiestas tienen un carácter principalmente religioso; otras son más profanas y aun en éstas nótanse casi siempre ciertos indicios de usos supersticiosos que á veces se reducen á dar una gratificación al sacerdote, el cual nunca sale con las manos vacías de una de estas solemnidades. Pero el verdadero período de las fiestas es aquel en que cesan los trabajos y hasta las luchas, consistiendo los festejos comunes en agasajos y hacer regalos á los huéspedes á quienes se reconoce por las danzas que ejecutan. Para conservar el debido orden en estas fiestas hay unos funcionarios especiales y para invitar á ellas existen unos heraldos que en algunos casos repiten la invitación varias veces. Los banquetes que en tales ocasiones se dan consisten en carne y bebidas espirituosas: los amigos del anfitrión colocan directamente los manjares en la boca de los convidados que están sentados alrededor del fuego y lo que sobra vuelve á la casa. Los haidahes del Noroeste celebran una fiesta especial después de terminada la pesca del salmón, fiesta que se prepara paseando el caudillo, que á la vez es hechicero, vestido con pieles de oso y cortezas por la selva con los espíritus. Entre los nutkas las danzas en todas partes generalizadas toman el carácter de verdaderas representaciones escénicas en las que se imitan cazas, luchas y los movimientos de las focas y de otros animales. No faltan tampoco en estos pueblos las ceremonias extravagantes, así por ejemplo entre los thlinkites al final de la danza uno de los bailarines pronuncia un discurso que es contestado por uno de los espectadores. Las fiestas de las tribus del Sud como la de los tschinukes, que por su mayor pobreza están menos desarrolladas, son más sencillas celebrándose sin heraldos, previas invitaciones ni festejos; además, desconocen estos pueblos, al parecer, la hermosa costumbre que tienen los del Norte de que el anfitrión ofrezca regalos á sus huéspedes. Aurelio Krause describe de una manera encantadora el modo cómo son entregados los presentes al acorde de los cantos y siguiéndose rigurosamente el orden de categorías. El hecho de que estos regalos aseguren la cooperación en la construcción de chozas, estatuas y demás ó de que sean devueltos con intereses después de un plazo determinado hace que para los haidahes, que los denominan *poilatsch*, tengan la importancia de institución económica fundamental, transmitiéndose y cambiándose á menudo por este sistema todos los bienes muebles é indispensables.

Para las danzas se emplea, además de la pintura y de los dijes ruidosos, un abundante surtido de variadas y artísticamente esculpidas máscaras que se ponen en el rostro ó en la parte superior del cuerpo ó en la frente: algunas de ellas representan rostros humanos con cabellera, barba y cejas; otras, cabezas de pájaros especialmente de águila y de petral; muchas, cabezas de toda clase de animales terrestres y marinos como lobos, ciervos y delfines: todas son generalmente de mayor tamaño que el natural. Las más de estas máscaras están pintadas y ostentan algunas hojitas brillantes que aumentan la fealdad de las mismas. A menudo se exageran de tal modo estos adornos que algunos hombres llevan sobre sus cabezas grandes maderas esculpidas y pintadas representando, por ejemplo, la proa de

CAPÍTULO V

LOS INDIOS AMERICANOS DEL NOROESTE (I)

«Desde el punto de vista etnológico se trata aquí de una de las regiones más importantes de la tierra, pues además de la proximidad de dos continentes separados por el estrecho de Behring hay la vecindad del archipiélago que entre ambos se extiende, habiendo llamado por esta razón á menudo la atención de los observadores la fisonomía especial que gracias á aquella circunstancia ostenta por un lado reflejos polinesios y por otro ramificaciones de las emigraciones nahúas.»

ADOLFO BASTIÁN.

Generalidades. Traje. Adornos. La clavija de los labios. Tatuaje. Máscaras. Armas. Caza. Pesca. Canoas. Cabañas. Comercio. Juegos y fiestas. Danza y música. — La familia. Educación de los niños. Matrimonio. Condición de la mujer. Totem. Ideas de la propiedad. — El Estado. Limitación del poder del caudillo. Estados. Esclavitud.

Los habitantes de la región comprendida entre las fronteras de las ramificaciones más meridionales de los pueblos esquimales y California por un lado y por otro entre la cordillera de las Cascadas con sus estribaciones septentrionales y el Océano Pacífico, constituyen, bajo muchos conceptos, una rama especial de la gran familia de pueblos americanos, pues si bien coinciden con éstos en lo que respecta á los rasgos fundamentales, diferéncianse de ellos en detalles de la vida externa dentro de una tendencia que acusa próxima afinidad con los hiperbóreos por una parte y con los polinesios por otra. Las influencias extranjeras que han estado profundamente sometidos estos pueblos son anteriores á las visitas que les hicieron los españoles, ingleses y rusos, quienes en unión con las tripulaciones hawaianas y con los canadenses franceses influyeron tan poderosamente en la transformación de la raza y del idioma de estos indígenas que en la actualidad encontramos tribus enteras de mestizos, y una *lingua franca* compuesta de tschinuk, inglés, chino, hawaiano y francés ha llegado á ser la lengua mercantil de la costa de la Colombia Británica.

El traje usual de los dos sexos consiste en una blusa ó capa cuyo borde superior está adornado con una pequeña tira de piel y el inferior con franjas ó borlas. La tela con que se confecciona esa prenda es de corteza de una confiera útil bajo muchos conceptos que Mackenzie denomina simplemente *Cedar* y otros autores *Red Cedar*. Esta capa se pasa por debajo del brazo izquierdo y va á parar al hombro derecho en donde se ata con dos cordones, quedando por consiguiente libres los dos brazos y colgando aquélla hasta las rodillas de manera que cubra el lado izquierdo del cuerpo y deje el derecho completamente descubierto ó á lo sumo en contacto con los bordes de la capa, que se fija al cuerpo con un cinturón generalmente de tosca labor entretejida ó de tela de algodón. Sobre esta prenda de vestir se lleva un poncho, antiguamente de un tejido de pelo

(1) Bajo esta denominación comprendemos á los indios nutkas de Cook y de Vancouver y á los colombianos nutkas de que hablan posteriores etnógrafos. El estrecho de Nutka, pequeña lengua de mar que se extiende junto á la costa occidental de la isla de Vancouver y que Cook consideró como estrecho de la costa del continente, ha dado su nombre á todos los objetos etnográficos que desde los tiempos de Cook y procedentes del Noroeste de América han pasado á formar parte de los museos, incluso á los de origen hiperbóreo.

una canoa. «Uno que no tenía máscara — dice Cook — se puso en la cabeza una caldera de hoja de lata que nos había comprado para no carecer por más tiempo de este adorno favorito.» Las máscaras de madera blanda que procedentes del estrecho de Nutka se guardan en nuestras colecciones están labradas con gran arte y seguridad y preciosamente bruñidas; las que representan rostros humanos se distinguen por su carácter de raza que aparece claramente marcado y es una prueba de lo bien que estos pueblos saben imitar el natural.

Análoga á la fiesta del salmón de que ya hemos hablado era en el resto de la América del Norte la de los primeros frutos ó del grano que empezaba á verdear que celebraban los indios del golfo, los hurones, los algonkines y las tribus del Oeste del Missisipi: precedíanla dos días de ayuno y de abstinencia de mujer y la «bebida negra» que se preparaba con la *Ilex Cassine*; al tercer día comíase por la mañana y al ponerse el sol empezaba el sacerdote, en medio del general silencio, á encender el fuego que purificaba á los presentes de todos los pecados, excepto del asesinato, razón por la cual era saludado con regocijo, pudiendo luego todos los criminales regresar impunes á sus aldeas. Este fuego puesto en un puchero de arcilla era colocado en un altar que se levantaba en medio del punto de reunión y en él derramaba el sacerdote un poco de «bebida negra» ofreciendo al propio tiempo al espíritu del fuego algunos frutos campestres untados con grasa de oso. Hecho esto, cada ama de casa recibía fuego nuevo para la preparación de los manjares con que se deleitaban los hombres en la plaza donde la reunión se celebraba y los niños en sus cabañas. La fiesta terminaba con cantos y danzas y con las visitas que recíprocamente se hacían los habitantes de las aldeas purificadas.

Las libaciones representan un papel importante en las fiestas de los sudamericanos haciendo que con harta frecuencia se conviertan en orgías; en estos festejos que casi semanalmente se celebran en una ú otra de las colonias de las tribus del Orinoco hácese extraordinario uso del paiwari presentado en gamellas de madera; pero además de estas fiestas celébrase cada mes, durante el plenilunio, un gran banquete. Ya se comprenderá que todos estos festejos suelen terminar en borracheras de los que en ellos toman parte, pues éstos pasan días enteros danzando en medio de gran estrépito hasta que han vaciado por completo todas las artesas de paiwari que contenía la cabaña en donde se da la fiesta. Repugnante en extremo es el cuadro que Pöppig traza hablando de los indios chilenos que echados en el suelo beben grandes cantidades de vino que sacan por medio de vasos de un agujero practicado en tierra. Las tribus guerreras del Sud, abipones y demás afines, decidían bebiendo todas las cuestiones públicas que generalmente se relacionaban con la guerra y con la paz. Ya hemos indicado antes cuán importante papel ha desempeñado en la historia de la decadencia de los pueblos americanos, especialmente de los del Norte, esta afición á la bebida que los europeos, como se ve, no crearon aunque más tarde fomentaron en alto grado. En ningún país del mundo, exceptuando quizás la Nueva Zelandia, han llegado las bebidas espirituosas á ser tanto como en este una potencia histórica de funesta eficacia, habiendo disminuído el retroceso de tribus americanas enteras en el punto y hora en que el comercio del aguardiente fué sometido á una fiscalización. Desde el país de los todas hasta el de los churrupes y aun más hacia el Norte encontramos extendida una costumbre en virtud de la cual durante estas fiestas se simulan luchas que á menudo revisten un carácter sobrado serio haciéndose en ellas uso de las armas.